

Título del original en inglés: *Collected Papers*
© 1989 by Dulwich Centre Publications

Traducción: Alcira Bixio

Primera edición, Marzo de 1994, Barcelona.

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© by Editorial Gedisa, S. A.
Muntaner, 460, entlo., 1.ª
Tel. 201 60 00
08006 - Barcelona, España

ISBN: 84-7432-475-0
Depósito legal: B. 8.960/1994

Impreso en Libergraf
Constitució, 19 - 08014 Barcelona

Impreso en España
Printed in Spain

Queda prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o cualquier otro idioma.

Índice

INTRODUCCIÓN	13
1. El cuento de la gatita Dory	17
2. Una buena revolución merece otra	21
3. ¿Sofocar el problema o encontrarle una solución?	40
4. David Epston: "Una reflexión"	45
5. En recuerdo de Hatu (Hayden) Barlow (1973-1985), Cynthia Barlow, David Epston, Mike Murphy, Lynn O'Flaherty y Louise Webster	50
6. ¿Eres un candidato para entrenarte en karate mental?, David Epston y Ben Cole	80
7. Vigilancia nocturna. Tratamiento de los temores de la noche	84
8. Perdedor en casa y ganador fuera de casa	107
9. Contrasueños	110
10. ¿Competencia o cooperación?	120
11. Entrevista con David Epston	125
12. Algunos casos de rechazo escolar	131
13. ¿No crees que deberías hacer una reserva?	137
14. Crecer es una decisión seria que no puede tomarse a la ligera	142
15. Dos historias paralelas	145
16. Usted nunca nos dijo que éramos malos padres	151
17. La familia que cargaba con una maldición	155
18. Un intercambio justo	158

5

En recuerdo de Hatu (Hayden) Barlow (1973-1985)*

Cynthia Barlow,¹ David Epston,² Mike Murphy,³

Lynn O'Flaherty⁴ y Louise Webster⁵

Esta es la conmovedora historia de la lucha entablada por un jovencito contra una enfermedad terminal, que nos muestra el papel que pudo desempeñar un equipo terapéutico en ayudar a ese niño a descubrir maneras de alcanzar un mayor control de su sufrimiento. Aquellos lectores familiarizados con el trabajo de Epston han de reconocer aquí una variedad de enfoques y técnicas que, en ese caso, se amalgamaron de modo tal que lograron marcar una diferencia real para ese niño y su familia. A pesar de la extensión de este trabajo de Epston decidimos publicarlo íntegramente, pues representa una historia importante que le permitió a ese niño brindar muchas enseñanzas a los terapeutas. Este es un caso notable no solamente por el modo en que Epston utilizó su conjunto de ideas estratégicas e hipnóticas en forma integrada, sino también porque representa un desafío a nuestras ideas sobre el éxito de una terapia. La inevitable pero no menos triste muerte de este jovencito no disminuye el hecho de que la terapia le permitió elaborar un contexto diferente para experimentar su destino.

Michael Durrant y Gerard Menses, compiladores

Conocí a Hayden, un muchachito de maorí de 10 años, el 31 de mayo de 1983. En su demasiado corta vida había obtenido tales logros que todas las personas que lo habían conocido recordaban sus enseñanzas ("me en-

*Publicado en *Family Therapy Case Studies*, 2, 2, 1987, págs. 19-37.

1. La madre de Hayden.

2. Terapeuta familiar, 25 Queens Avenue, Balmoral, Auckland 4, Nueva Zelanda, ex asesor de terapia familiar del Centro Leslie de Auckland.

3. Psicólogo, Parnell Health Collective, Auckland.

4. Asistente social, Hospital St. Helen, Auckland.

5. Encargada del Archivo Psiquiátrico del Equipo para Adolescentes, Hospital Auckland, Auckland.

señó muchísimo"). Aun antes de la recidiva de su enfermedad, Hayden, sus padres y yo habíamos discutido y comenzado a trabajar sobre la posibilidad de dar a conocer a los demás su historia. Con muy poca ayuda, Hayden había descubierto un modo de sustituir el sufrimiento que la mayor parte de los jóvenes experimentan por efecto del tratamiento quimioterapéutico al que se los somete, proyectándose mentalmente películas. La muerte de Hayden me hizo dejar de lado el proyecto. Hayden continuaba viviendo en las entrevistas grabadas que habíamos mantenido y en mis recuerdos. Y supe que si él hubiera sobrevivido habría deseado hacer conocer sus descubrimientos a otros que también sufren de cáncer. Discutí este proyecto con otros terapeutas, y con los Barlow, quienes en principio me apoyaron y contribuyeron a realizarlo. Yo deseaba que el resto de mis colegas pudiera tener acceso y utilizar la magia de Hayden, de modo que invité a Mike Murphy para que agregara un comentario desde el punto de vista de la hipnosis. Además consideré que el hecho de poner por escrito la historia de Hayden era una manera de mantener vivo su recuerdo.

La doctora Webster⁶ presenta a Hayden

"Cuando conocí a Hayden, éste había estado debatiéndose con su cáncer durante ocho años. Cuando sólo tenía tres años se le detectó un tumor de Wilm en el riñón izquierdo. Se le extirpó ese riñón y se le comenzó a aplicar quimioterapia. El niño tuvo una recidiva varios meses después de la operación y desarrolló una metástasis en el pulmón derecho que fue tratada con radioterapia. Hayden continuó el tratamiento de quimioterapia que incluía frecuentes análisis de sangre, inyecciones, goteos y drogas que lo hacían sentir muy mal. Este régimen continuó hasta que Hayden tuvo seis años.

Poco antes de que Hayden cumpliera los once años volvió a declarársele una metástasis en el pulmón. Fue llevado al hospital y allí le extirparon la parte afectada del pulmón, tras lo cual comenzó a recibir nuevamente quimioterapia durante un año.

Lo conocí inmediatamente después de la operación. Una vez por mes los padres lo llevaban al hospital desde Tauranga, una localidad situada a 160 kilómetros de distancia, para la sesión de quimioterapia. Al principio Hayden no parecía preocupado por la terapia, siempre estaba sonriente y nunca mostraba señales de angustia. Pero, durante los meses siguientes, lentamente, cambió. Había perdido peso de manera muy ostensible, no

6. Louise Webster era entonces encargada del Archivo Pediátrico de Oncología Pediátrica del Hospital Público de Auckland.

comía casi nada y tenía un aspecto terriblemente enfermizo. Inicialmente se supuso que todo esto era la consecuencia del proceso canceroso, pero los exámenes que se le hicieron no indicaban que fuera así. Le manifesté a Hayden que me preocupaba su pérdida de peso y le pregunté qué suponía él que pudiera ser la causa. Hayden bajó la visera de la gorra de béisbol que acostumbraba usar y se cubrió la cara. Sólo pude ver las lágrimas que se escurrieron detrás de la visera. Odiaba que alguien lo viera llorar. Me contó que no podía comer. Cada vez que se sentaba a comer recordaba las agujas, el goteo, y sentía náuseas, las mismas náuseas que sentía después de cada sesión de quimioterapia. Por las noches tenía pesadillas de lápidas con bolsas de goteo y cánulas que se introducían en ellas. El mismo estaba muerto y los médicos y las enfermeras se asomaban a la tumba y le decían: "Te llevaremos, tú tienes la culpa". Luego, en el sueño, Hayden se volvía y veía un camión que se le caía encima. El niño reconoció que tenía que morir. Me dijo que nunca antes había hecho alboroto a causa de la quimioterapia, pero que ahora sentía que ya no podía soportarlo más. Aunque Hayden pareció aliviado al contarme sus temores, yo sabía que esto era insuficiente para hacer que el niño estuviera dispuesto a recomenzar la quimioterapia. Le dije que el tratamiento podría posponerse hasta que él se sintiera seguro de querer continuar y que ese retraso no sería importante. Hayden me pidió que les comentara a sus padres lo que había ocurrido, pues él mismo no se sentía capaz de admitir ante ellos que su habitual fortaleza sólo era una bravata. Ambos hablamos con los padres y con la autorización de éstos remití a la familia al Centro Leslie para que David Epston se hiciera cargo del caso."

La primera sesión (David Epston)

Louise Webster me telefoneó y me pidió que me ocupara urgentemente de la familia Barlow. Me aseguró que la súbita pérdida de peso de Hayden no estaba relacionada con el proceso de su enfermedad y me comunicó sus preocupaciones. Le contesté que estaba de acuerdo siempre que ella quisiera acompañarlos.

Cynthia y Roy Barlow se mostraron confundidos y desesperados. Rina, la hija de cinco años, estaba completamente excitada pues acababan de regalarle una gatita blanca. Le pedimos que se quedara en el cuarto de juegos. Hayden estaba oculto detrás de su gorra de béisbol y del capote de campesino de su padre (*swandri*). Cynthia y Roy me contaron que Hayden era extremadamente independiente y que durante algún tiempo había preferido asistir solo a las sesiones de su tratamiento. Sin embargo ya no lo hacía y, sin preguntar, supuse que los padres debían de estar terriblemente

preocupados por la enorme pérdida de peso del niño, porque estuviera tan "pálido y demacrado" y porque se negara a continuar con el tratamiento. Aunque Hayden mantenía la mirada baja observé por el rabillo del ojo que cuando yo me dirigía a sus padres, él me miraba. Después de determinar el grado de preocupación y confusión de los padres, me volví rápidamente hacia él y por primera vez nuestras miradas se cruzaron. "¿Crees que tus padres pueden afrontar tus sentimientos profundos?" le pregunté. Lo tomé por sorpresa y Hayden murmuró un "no sé" defensivo. "Bien", continué yo, "¿por qué no los pones a prueba? A mí me parecen bastante fuertes, pero tú no puedes saberlo hasta que no los sometas a prueba". Antes de que Hayden pudiera responderme me dirigí nuevamente a los padres: "¿Les importa que Hayden los somete a un test para comprobar si ustedes tienen la fuerza suficiente de afrontar sus preocupaciones?" A pesar de no estar muy seguros de la naturaleza del test, los padres estuvieron sinceramente de acuerdo con someterse a él. Acordamos que el padre sería el primero y que su test duraría exactamente quince minutos; luego la madre debía unirse a ellos y someterse a su test también durante quince minutos. Louise, Cynthia y yo nos retiramos a otra habitación y dejamos al padre y al hijo sentados uno frente al otro con una caja de papeles en el medio. Pasados exactamente quince minutos, Cynthia se unió a ellos. Louise y yo golpeamos a la puerta una vez que Cynthia hubo terminado con su test y todos volvimos a instalarnos en el salón. El suelo estaba alfombrado de papeles de modo que supuse que todo había marchado como yo lo esperaba. Todos estaban sosegados, se los veía algo aliviados y sonrientes. Hayden bastante orgulloso me aseguró que sus padres eran capaces de afrontar sus profundos sentimientos. Le pedí entonces a Hayden que me diera la medida de su preocupación y la comparara con las dimensiones de su alegría, separando las manos en el aire para indicar la "magnitud" de cada sensación. Cuidadosamente medí con una cinta métrica: 50 cm de preocupación y 15 cm de diversión. Louise le reiteró al niño que el tratamiento del mes se pospondría y yo, en cambio, los invité a regresar al día siguiente.

La segunda sesión (al día siguiente)

El estado de ánimo de toda la familia parecía más distendido, pero ninguno de ellos sabían aún qué esperar de la terapia. Les pregunté si primero podía mantener una entrevista a solas con Hayden. Ante todo le conté que Louise me había comentado sobre sus pesadillas. Y Hayden me contó que había soñado que un grupo de médicos lo rodeaba y lo señalaba con el dedo gritándole: "¡Es él!". Luego los médicos se apartaban y Hayden veía un camión que se le venía encima. Entonces se despertó. Luego continuó

contándome que cuando era más chico había tenido que cuidar de un tío incapacitado intelectualmente. Al cruzar una carretera Hayden se adelantó, pero el tío cayó bajo las ruedas de un camión. Hayden recordaba: "Fue llevado al hospital, pero antes de morir le pusieron cánulas en los brazos y bolsas de goteo. Sólo atiné a gritarle al conductor del camión... ¡no pensé!". Advertí la culpa y la autoacusación que sentía Hayden, pero no hice nada por contrarrestar esos sentimientos. Sencillamente acepté su versión de los hechos. Les pedí a los padres que se unieran a nosotros y les solicité autorización para hipnotizar a Hayden. Los padres accedieron y se sentaron a mi lado observando a su hijo con vehemencia. Invité a todos a participar de la experiencia de trance y le pedí a Hayden que cerrara los ojos. Le pregunté entonces si podía ver en su mente un aparato de televisión, luego le pregunté si se trataba de un aparato en blanco y negro o en colores; "¿es grande o pequeño?" Hayden me confirmó que veía en su mente un gran televisor en colores. Para asegurarme que tanto Hayden como los padres manifestaran una conducta de raptó, hice levitar la mano del niño haciéndole imaginar que tenía una pelota colgando de un fino cordel atado a su muñeca. Cuando la mano de Hayden estaba levitando les conté la siguiente historia:

*Hace mucho tiempo y en un lugar muy lejano yo estaba haciendo el mismo trabajo que hago ahora. Un hombre vino a verme y me dijo que ya no podía comer, cuando en realidad antes disfrutaba mucho de la comida. "¿Y por qué ahora no?", le pregunté. "Oh, es una larga historia", replicó. Entonces le dije que yo tenía todo el tiempo del mundo y que si lo deseaba me la contara. Me dijo pues que tenía que hacerlo. Que ya no tenía alternativa. Pues era algo que lo había preocupado durante mucho tiempo y ya no podía soportarlo. Me contó que era conductor de camión y que había matado a un hombre **accidentalmente**. Y que desde entonces ya no había podido volver a comer normalmente. "¿Cómo ocurrió?", le pregunté. Me contó que iba conduciendo por una carretera y que un niño cruzó frente a él, justo en ese instante una abeja apareció quién sabe de dónde y lo picó en la cara. Por un instante el hombre perdió el control y atropelló a un hombre que cruzaba la carretera detrás del niño. "Bueno", le dije, "ya puede comenzar a comer otra vez. No hay dudas de que no fue usted quien tuvo la culpa, fue la abeja". Y él me replicó: "Lo sé, lo sé. No es por eso por lo que estoy tan preocupado, estoy desesperado por el niño". Esto me confundió y le pregunté por qué. Y el hombre me respondió: "Porque seguramente el niño se culpa a sí mismo, aun cuando fue culpa de la abeja. Era sólo un niño y seguramente no comprendería". Entonces supe que íbamos a lograr algo. Le dije: "Mire, he trabajado con niños durante nueve años y sé bien de qué le hablo. Quiero que sepa que ningún niño creería semejante loca idea". La cara del hombre se iluminó inmediata-*

mente. "¿De veras, está seguro?", me preguntó. Y yo le respondí: "Absolutamente seguro". Bueno, el hombre regresó ese día a su casa, recuperó el apetito y comenzó a comer normalmente otra vez. Luego me hizo saber que su vida había mejorado en muchos otros sentidos, aunque desde ese día ya no siente mucho aprecio por las abejas. Pero supongo que eso es algo fácil de entender.

Continué durante un momento con la "charla" y luego le pregunté a Hayden cuáles eran sus comidas favoritas. Después de reflexionar un instante, el niño respondió que eran el pollo frito de Kentucky y la pizza. Luego le advertí, bromeando, que si él no COMENZABA A COMER, pediría en el hospital que les dieran algunas bolsas de goteo a sus padres, para que éstos pusieran la pizza en una bandeja y una bolsa en otra y Hayden eligiera. Hayden respondió que sin duda elegiría la pizza. Siguiendo con la broma de las bolsas le dije que sus padres se las darían para que saltara sobre ellas gritando "Esto no es comida. Esto es para los doctores y para la próxima vez que tenga que ir al hospital". Antes de poder sentarse a comer su pizza, Hayden debía tirar las bolsas en el cubo de la basura. El niño me aseguró que ése no sería ningún problema para él. Entonces le dije: "A la hora de cenar sólo habrá UNA cosa para ti: comida". Gradualmente fui reorientando a Hayden, quien enseguida se tomó con fuerza la cabeza como si fuera una pelota imaginaria, en gran medida para divertir a sus padres. Acordamos volver a reunirnos el día posterior a la próxima sesión de quimioterapia a la que Hayden debía someterse un mes después.

La tercera sesión (un mes después)

Comencé la sesión preguntándole a Hayden si podía volver a evaluar su alegría y diversión y compararla con su preocupación. Por las expresiones de los padres y del propio Hayden yo ya imaginaba que las mediciones habían variado positivamente. El resultado fue 120 cm de diversión contra 1 cm de preocupación. Cuando le pregunté al niño cómo había ocurrido esto, Hayden me respondió que el hecho de comprobar que su padre y su madre eran capaces de soportar sus angustias le había ayudado a disminuir la preocupación que sentía. "Les conté todo lo que me angustiaba. Los puse a prueba. Y vi que podían soportarlo." Tanto Roy como Cynthia me confesaron que hasta entonces no se habían dado cuenta de lo que preocupaba tanto a Hayden y que ahora sentían que habían logrado que su hijo admitiera que no era necesario ser "tan fuerte". Además me dijeron que desde nuestro último encuentro había habido "grandes cambios". Hayden hablaba mucho más, parecía feliz, ya no se escondía detrás de su swandri y había vuelto a comer bien. Ahora el plato del niño siempre se

“cargaba bien” y éste no parecía compartir mi preocupación porque corría el riesgo de volverse “obeso”. Las pesadillas habían desaparecido y en su lugar aparecieron sueños buenos “de nada en especial”. Tampoco volvió a ver las bolsas de goteo a la hora de comer, así que no fue necesario que los padres practicasen “nuestra broma”. El color había aparecido nuevamente en sus mejillas y Hayden ya podía ver con ayuda de un espejo (algo que antes no se atrevía a hacer) cómo volvía a crecerle el pelo en la nuca.

Cuando le pregunté a Cynthia qué consejo le daría a otras madres que vivieran una situación semejante, ella me respondió: “Que hablen con su hijo, que le pregunten permanentemente qué está ocurriendo en su cabeza. Y que lloren si lo desean, no es malo llorar”. A la misma pregunta Roy me respondió: “Yo hice lo mismo, entré en su habitación y le hablé. Creo que es un niño diferente desde entonces”. Cuando le pregunté a Hayden qué les diría a los niños que están pasando por algo parecido, me dijo: “Que hablen con su papá y su mamá, que no escondan nada de lo que sienten, que no se encierren en sí mismos. Después de hablar con usted (D. E.) sencillamente lo comprendí. Ahora sé que mis padres pueden compartir mis preocupaciones. Y desde entonces duermo más tranquilo”.

Cynthia comentó que Hayden ya no tenía miedo del tratamiento. Entretanto yo había analizado el caso con Wilma Schwartz⁷ y ésta me había informado que Hayden era uno de los niños que peor había reaccionado a los efectos secundarios del tratamiento oncológico. Antes de cada sesión solía vomitar hasta cinco veces y luego, una vez aplicada la medicación seguía teniendo arcadas secas. Había que aplicarle otros medicamentos y con frecuencia era necesario internarlo en el hospital esa noche para rehidratarlo. Le pregunté a Hayden si eso era exactamente lo que ocurría y él me respondió que sí. Le pregunté entonces si quería aprender a controlar el vómito. Hayden me contestó que en realidad él ya sabía cómo hacerlo: “Sencillamente uno se desconecta. Conozco un chico que tiene una técnica para desconectarse”. Los padres, que también conocían a Carl⁸, el niño al que se refería Hayden, corroboraron lo que éste decía. Carl, otro paciente compañero de Hayden y algo mayor que él, era bien conocido por su capacidad para autoaleccionarse. Dije entonces: “Bien, concéntrate y enséñate a desconectarte y yo te enseñaré a ver películas mentalmente. Pero DEBERÁS PRACTICAR. ¿Quieres ver películas en tu mente?” Todos consideraron que era una buena idea. Induje a todos los presentes a un estado de raptó concentrándome particularmente en Hayden. Le dije que él tenía una aguja hipodérmica inyectada en una vena del dorso de la mano y que podía expe-

rimentar las sensaciones vinculadas con ese hecho. “Sientes el frío de las gotas, sientes que recorren todo tu brazo y se detienen justo donde éste termina.” Hayden me dijo que cuando Carl “se desconectaba”, pensaba en “cosas agradables”. Descubrí que *Any Which Way But Loose* era su película favorita y Hayden me contó el argumento. Luego le hice una sugestión poshipnótica empleando la sensación del frío y/o de la náusea para provocar la “visión” de la película elegida.

Quedé en llamar a Louise Webster después de la sesión de quimioterapia de Hayden (entre la 9 de la mañana y las 4 de la tarde) del día siguiente, pero como no podía esperar a que terminara, a las dos de la tarde le telefoné y ella me comentó que en realidad Hayden había logrado “desconectarse” y no había vomitado, que se había relajado profundamente y que durante el tratamiento parecía dormido. Estaba tan relajado que hasta se orinó. La próxima vez le recordaría que debía ir a orinar ANTES de “desconectarse”.

La cuarta sesión (dos meses después)

Hayden había experimentado un leve empeoramiento durante el mes siguiente al tratamiento, aunque ello estuviera probablemente relacionado con un “resfriado”. Volvimos a encontrarnos y lo que sigue es una transcripción de la sesión con un comentario de Mike Murphy. Después de esta sesión, Hayden no volvió a vomitar nunca más y soportó estoicamente el tratamiento hasta que terminó el año. Aunque durante ese período visité a Hayden y a su familia en varias ocasiones, siempre fueron entrevistas puramente sociales que me permitieron comprobar que las cosas marchaban bien.

El comentario de Mike Murphy

El relato que hizo David Epston de su trabajo con Hayden incluye muchas referencias al empleo de los enfoques hipnóticos, particularmente de la hipnosis indirecta y eriksoniana, reflejadas en la utilización de la metáfora y de la sugestión indirecta. El efecto hipnótico básico empleado es provocar asociaciones placenteras y/o distractivas mediante algunos de los estímulos desagradables que Hayden experimentó como parte del tratamiento quimioterapéutico. Hayden había asociado la náusea con la quimioterapia, de modo tal que el pensamiento de un equipo de goteo intravenoso le provocaba náusea; el acto de comer estaba asociado para él con la “visualización” del equipo de goteo y por lo tanto también le producía náuseas. Pudo establecerse una relación entre la quimioterapia y las

7. Wilma Schwartz, ex enfermera jefa del Servicio de Oncología Pediátrica del Hospital Público de Auckland.

8. Carl es un nombre ficticio.

pesadillas, porque éstas incluían la imagen de un grupo de médicos practicantes que acusaban a Hayden.

La metáfora de David Epston que incluyó al conductor del camión que accidentalmente mató a un hombre y que como consecuencia de ello no podía comer, parece remitir las cuestiones posibles de autocensura y autocastigo al hecho de no comer. Esta anécdota, además de proporcionarle a Hayden una historia compartida con alguien que recuperó el apetito y de aumentar una clásica forma de sugestión indirecta eriksoniana, también le brindó al niño una nueva perspectiva para desviar la culpabilidad por la muerte de su tío y atribuirle la responsabilidad última a una abeja que picó al conductor. Por otra parte, esta anécdota presenta a un conductor preocupado que se siente responsable por el pequeño que acompañaba al hombre que murió.

La cuestión del autocontrol se presenta, pues, mediante la tarea propuesta de elegir entre un plato de pizza o un pollo frito de Kentucky y una fuente llena de bolsas de goteo. Además, la escena imaginaria de Hayden golpeando las bolsas marca con mayor énfasis una distinción entre el goteo y la comida. Hayden debe someterse a la quimioterapia, pero no tiene que “comer” bolsas de goteo.

En la tercera sesión, al elaborar la metáfora de la “desconexión-conexión”, David utiliza el relato de Hayden acerca de otro niño enfermo que había aprendido a “desconectarse”. Al hacerlo, Epston sugirió indirectamente que Hayden podía “desconectar” sus experiencias de la quimioterapia y la náusea y podía “conectarse” en su imaginación con su película favorita. El sentido en que utiliza la palabra “conexión” es convenientemente ambiguo pues tiene connotaciones de actitud acertada. Este enfoque utiliza el concepto hipnótico de disociación, empleado con frecuencia para tratar el dolor, una disociación que le permite a Hayden “conectarse” en su mundo interno visual y auditivo con las películas que recuerda o imagina. Como resultado de ello el niño es menos consciente de los aspectos desagradables del goteo intravenoso y la náusea.

En la transcripción de la cuarta sesión puede advertirse que David Epston utilizó ampliamente la sugestión indirecta, particularmente supuestos y ligaduras que sugieren ciertos logros. Un ejemplo de una ligadura indirecta sugerente es la pregunta: “¿Cuándo irás a preparar una taza de té?”, en la cual se supone que quien escucha irá a preparar una taza de té, pero el acento está puesto en el “cuándo”. Emplea varias sugerencias de este tipo con Hayden, siempre dando por sentado que Hayden se hace cargo de la situación. Mediante esta táctica, el terapeuta sugiere metáforas e imágenes a las cuales Hayden responde. En los siguientes pasajes de la transcripción de la cuarta sesión pueden apreciarse algunos aspectos del empleo que hace David Epston de las sugerencias indirectas y del principio de utilización:

D. E.: Bien, Hayden, sencillamente creo que hemos comenzado a analizar la cuestión; ahora quisiera saber qué ocurrió con tus pesadillas.

Hayden: Se fueron... simplemente desaparecieron, porque yo vine a verlo a usted.

D. E.: ¿Y adónde crees que fueron? ¿Crees que sencillamente se fueron por el desagüe?

Hayden: (divertido) Sí.

D. E.: ¿Crees que alguna vez desearás que regresen?

Hayden: (con seguridad) ¡No!

D. E.: Claro, tú tienes ideas claras. Te lo pregunté porque estoy tratando de aprender, de aprender de ti, así puedo luego enseñarte algo. Simplemente me preguntaba: ¿tienes idea de cómo ocurrió? Sé que ocurrió, pero quisiera saber cómo ocurrió. Porque yo mismo no estoy muy seguro. Lo hice varias veces pero siempre aprendo de los chicos que me cuentan cómo ocurrieron las cosas. ¿Qué crees tú que pasó?

Epston adoptó inmediatamente la posición de que Hayden había logrado desembarazarse de las pesadillas. De algún modo Hayden es quien controla la situación y Epston desafía la primera declaración de Hayden “porque vine a verlo a usted”.

Hayden: Bueno... simplemente... fueron las agujas... el goteo y todo eso.

La voz de Hayden suena como si éste se hubiese deslizado en un estado alterado al recordar el goteo. Y aunque parece estar cómodo, tiene dificultades para continuar hablando. Esto puede deberse al efecto sugestivo poshipnótico del trabajo previo.

D. E.: Así que desaparecieron...

Hayden: Ahá.

D. E.: De modo que mamá y papá no tuvieron que jugarte aquella broma de la que habíamos hablado.

Hayden: No...

D. E.: ¿Así que libramos al hospital de tener que darnos algunas bolsas de goteo para que tu decidieras si querías comerlas o no?

Hayden: Sí.

D. E.: ¿Y no has tenido ya sueños malos?

Hayden: No.

D. E.: ¿Y has tenido buenos sueños?

Epston desvía la atención de Hayden de los malos a los buenos sueños. El simple hecho de provocar una idea puede considerarse como una sugestión indirecta, en este caso, la de tener sueños positivos.

Hayden: Sí.

D. E.: ¿Podrías contarme alguno de esos sueños buenos?

Hayden: A veces sueño con... nada en especial y a veces...

D. E.: ¿Y esa nada es una nada feliz?

Hayden: Sí... es... bueno, nada. A veces sueño con... oh, me he olvidado todos mis

sueños. En los buenos, simplemente es algo que se desliza, que sale de mi imaginación, pero luego ya no puedo recordarlo.

D. E.: Es más fácil recordar los malos, porque te despiertan. Pero tú has estado durmiendo bien, ¿no es cierto?

Aquí se relaciona y se amplía la idea de los sueños buenos con el hecho de "dormir bien".

Hayden: Sí.

D. E.: Bien. Otra cosa que quiero saber es si recuerdas cómo eras antes de empezar a tener dificultades para comer.

Hayden: Sí.

D. E.: Comías bien. ¿Te parecía que ganabas mucho peso?

Hayden: Mmmm.

D. E.: ¿Que te hacías más fuerte?

Aquí se asocia la idea de aumentar de peso con la fuerza, un concepto que se emplea normalmente con los niños.

Hayden: (risas)

D. E.: ¿Qué ocurría? ¿Lo recuerdas?

Hayden: No tenía pesadillas, eso me ayudaba mucho. Y ahora cuando como ya no siento todas esas cánulas.

D. E.: ¿Ya no sientes el goteo?

Hayden: Ya no veo las bolsas de goteo.

D. E.: Bien, bien.

Hayden: Y tomo el desayuno, el almuerzo...

D. E.: ¿Y además sientes mucha más alegría que preocupación?

Una vez más Epston asocia una idea placentera, positiva, con el acto de comer y la distingue como una alternativa más útil que las preocupaciones, la sensación de náusea, etc. Esta también es una sugestión indirecta para experimentar alegría al comer.

Hayden: Sí.

D. E.: ¿Y te preocupa el hecho de que tu madre esté ahora un poco preocupada?

Hayden: Sí.

D. E.: ¿Qué crees que debería hacer ella respecto de esa preocupación?

Aquí Epston enmarca la preocupación materna dentro de las responsabilidades de la propia Cynthia y no de las responsabilidades de Hayden.

D. E.: Ahora, quiero saber algo más. ¿Recuerdas cuando viniste a verme, yo te hablé y al día siguiente fuiste al hospital? No la última vez sino la anterior...

Hayden: Sí.

D. E.: ¿Recuerdas qué pasó esa vez que "viste" la película y todo eso.

Hayden: ¿Usted quiere que le cuente la película?

D. E.: No. Sólo quiero saber qué ocurrió...

Hayden: Bueno, estaban esos ciclistas, entonces venía Clyde y los golpeaba por sorpresa.

D. E.: ¿Los tomaba por sorpresa? ¿Clyde, el gorila?

Hayden: Sí, era muy divertido...

D. E.: Y dime, ¿cuánto duró la película cuando te estaba aplicando el tratamiento?

Hayden: No sé, ni idea...

D. E.: ¿Y sabes cuánto duraba la película realmente?

La madre: Un par de horas.

Hayden: Y la vi hace un par de años. ¿Quiere hacerme alguna otra pregunta?

D. E.: ¿Otra pregunta? Bueno, de modo que sencillamente te apagaste como si fueras una luz, ¿apretaste una tecla y listo?

Hayden: Sí.

D. E.: ¿Y entonces "conectaste" la película?

Hayden: Sí.

D. E.: ¿Te gustaría ver ahora *Los duques de Hazzard*?

La pregunta de Epston supone que Hayden ha de utilizar nuevamente la misma técnica, pero desvía la atención del niño a la elección de la "película" que va a mirar.

D. E.: Te estás volviendo como Carl que puede "conectar" y "desconectar" cosas. ¡Es fantástico que puedas hacerlo!

Nuevamente Epston pone el acento en la idea de que Hayden controla la situación.

Hayden: Humm...

D. E.: De modo que si yo alguna vez me encuentro con algún muchacho que tiene malos sueños como solías tener tú, ¿qué te parece que debería aconsejarle? ¿Qué debería hacer ese muchacho?

Epston asigna a los malos sueños el carácter de experiencia pasada.

Hayden: Por supuesto, debería venir a verlo a usted...

D. E.: (a la madre) Hayden me atribuye demasiado a mí. Debería decir que fue él quien lo logró. PORQUE FUE EL QUIEN LO LOGRÓ. Yo simplemente lo ayudé. (Al niño): Sólo te di algunas ideas, pero no estaba allí contigo. Tú hiciste todo solo... con tu madre. Tú has estado haciendo algo por tus sueños. Yo te di algunas ideas, pero fuiste tú quien lo hizo. (A la madre): ¿No le parece a usted que me está dando demasiado crédito a mí? Quisiera que Hayden lo reconsiderara porque (otra vez al niño) *tú* comenzaste a comer nuevamente y no yo, ¿no es cierto? Yo sigo pesando lo mismo, tú eres quien aumentó de peso y no yo. Quisiera que reflexiones sobre esto. Tú estuviste controlando tus sueños, tú estuviste controlando tu comida, tú estás a cargo de la situación y de las sensaciones de tu estómago.

Hayden: Mmmm.

D. E.: ¿Te sorprende lo que te digo?

Hayden: Oh, no...

D. E.: Eres como Carl, que se hace cargo de la situación. Es el jefe de su estómago.

Otra vez Epston dirige la atención hacia Carl y acentúa la idea de que Hayden está a cargo de la situación.

Hayden: (ríe)

D. E.: Carl se apartó de las sensaciones de su estómago. Hablé con él y le dije: Carl, ¿cómo lo haces? Y él me respondió: "Simplemente las desconecto". Y es lo que has hecho tú: conectas y desconectas las cosas cuando quieres.

La madre: Eso es lo que me dijo a mí.

D. E.: Y realmente lo hace. Y tú también lo haces. Pero no sólo te desconectas, sino que también puedes conectar... conectar las películas. Y quizás hasta puedas "sintonizar" *Los duques de Hazzard*, ¿no es cierto?

Hayden: Sí. Quisiera que me haga más preguntas.

D. E.: Quieres que te haga algunas preguntas más... Bien, ¿cuántas veces crees que vas a vomitar mañana?

Con esta pregunta Epston determina las expectativas futuras de Hayden respecto de los vómitos y sugiere entonces la idea de que el niño podría vomitar menos.

Hayden: Cuatro veces.

D. E.: ¿Cuatro? ¿Y cuántas veces te gustaría vomitar?

Hayden: Ninguna.

D. E.: ¿Qué te parece si sólo vomitaras dos veces?

Hayden: Humm... estaría satisfecho.

D. E.: Estarías satisfecho... ¿Qué tal si vomitaras sólo dos veces y no te sintieras demasiado trastornado?

Hayden: Me sentiría feliz.

D. E.: Te sentirías feliz. Muy bien. ¿Cuándo quisieras vomitar? ¿A qué hora?

Hayden: Cuando regresara al motel.

D. E.: Ah, cuando regreses...

Hayden: No, en el camino de regreso al motel.

D. E.: ¿En el camino de regreso?

Hayden: Sí, en el camino de regreso al motel.

D. E.: ¿Cuando están regresando al motel?

Hayden: Sí.

D. E.: ¿Y hay por allí algún lugar agradable adonde te gustaría vomitar? ¿Hay un lindo árbol o algún lugar bonito en el parque adonde te gustaría ir?

Hayden: No. Sólo quisiera vomitar en algún lugar, si tengo que hacerlo.

D. E.: Sí, pero ¿por qué no vas a algún lugar que te guste? Quizá podríamos encontrar un lugar bonito, donde no hubiera nadie mirando... pues, no te gusta hacerlo donde los demás te observan ¿no es cierto?

Hayden: Sí, es molesto vomitar cuando uno está caminando por el parque...

D. E.: ¿Por qué? ¿Hay mucha gente allí?

Hayden: Sí, siempre hay gente haciendo *footing*.

D. E.: ¿Te gustaría tener un lugar secreto donde poder vomitar?

Hayden: En el motel.

D. E.: Pues entonces, ¿por que no esperas hasta llegar al motel? ¿Sientes que ése es un buen lugar para vomitar?

Hayden: Sí.

D. E.: Y no en el camino de regreso que es muy desagradable, ¿no? Aunque quizá la próxima vez después del tratamiento no vomites. Probablemente estés venciendo ese hábito, porque la última vez casi no vomitaste, ¿no es verdad? (A la madre): De modo que está controlando bastante sus sensaciones.

La madre: Lo hizo la primera vez, pero después de la segunda se descompuso mucho.

D. E.: Bueno, parece haberlo olvidado.

La madre: Regresó al motel y tuvo varias arcadas secas.

D. E.: (a Hayden) Bueno, entonces esta vez, podrías vomitar sólo dos veces de un modo que no sea demasiado desagradable. Simplemente del modo que quieras hacerlo.

Mediante la secuencia anterior David Epston da por supuesto que Hayden ha tomado una decisión, que controla la situación. Esto se asemeja mucho a un ejemplo que describe Haley (1973) del trabajo de Erickson con un hombre que se desmayaba en público. Erickson le ofreció varias veces nuevas opciones donde desmayarse, cada una de las cuales le exigía al paciente acercarse un poco más al objetivo del ejercicio, que era animarse a ir a un restaurante. David le propone a Hayden diferentes lugares donde vomitar, atrasando cada vez más el momento de hacerlo y finalmente desvía la idea de vomitar hacia el concepto de hacerlo de un modo "no muy desagradable". Aun cuando Hayden no aceptara esa posibilidad aparentemente remota, podría pasar por alto cualquier valoración crítica de la discusión previa referente al lugar donde vomitaría y, por lo tanto, habría más probabilidades de que acepte la sugestión.

Hayden: Sí

D. E.: Sabes que puedes controlar este tipo de cosas. Es algo que exige una gran fortaleza. ¿Crees que tienes en tu interior la fuerza suficiente para hacerlo?

Epston vincula la idea del control con la idea de fuerza.

Hayden: ¡Sí!

D. E.: Eso suena muy convincente. ¿Crees que tienes un tigre en tu interior⁹ que puede dominar tu estómago?

Hayden: Sí.

D. E.: ¿Y que *pelea* con él?

9. "El tigre que está dentro de ti" es una idea de White (1984).

Hayden: Sí.

D. E.: ¿Crees que tienes un tigre en tu interior o que hay algo más dentro de ti que te da fuerzas? ¿Qué crees que necesitas tener dentro de ti para LUCHAR contra tu estómago... para doblarlo... para mantener a raya aquellas sensaciones?

Hayden: ¿Qué tengo que tener dentro de mí?

D. E.: Sí, ¿qué necesitas que te dé fuerzas? Sé que eres muy fuerte por afuera, pero, ¿qué pasa adentro? ¿qué necesitas tener en tu interior? Conocí a un chico que necesitaba tener a Batman y a otro que precisaba un tigre. ¿Qué crees que necesitarías tú?

Hayden: Oh, amigo, necesitaría tener un tigre de tres cabezas.

Epston sugirió primero la idea del “tigre interior”, que Hayden aceptó favorablemente. Luego, al ofrecerle algunas opciones en cuanto al tipo de aliado fuerte que podría tener dentro de sí, Epston supone que Hayden puede tener y tiene algún fuerte aliado interior. El niño toma la sugestión de David Epston referida al tigre y elabora la imagen del tigre de tres cabezas, con lo cual indica que está comprometido con la sugestión del terapeuta.

D. E.: Un tigre de tres cabezas. Muy bien. ¿Crees que semejante tigre necesita grandes cantidades de alimento para tigres?

David aprovecha la imagen propuesta por Hayden para preguntarle sobre la cantidad de comida que necesitaría una criatura de tres bocas.

Hayden: Sí, y yo se la daré.

D. E.: ¿Le darás un poco de comida para tigres esta noche?

Con esta frase Epston le asigna a Hayden la tutela del tigre. La imagen de Hayden alimentando al tigre se transforma en una manera indirecta de analizar y sugerir aspectos de la alimentación del propio Hayden.

Hayden: Sí.

D. E.: ¿Qué clase de alimento para tigres crees que necesitará para estar VERDADERAMENTE FUERTE mañana?

Hayden: CARNE.

D. E.: ¿Es eso lo que les gusta a los tigres?

Hayden: Sí.

D. E.: Tigres de tres cabezas. (A la madre): Seguramente usted alimentó a algunos tigres de tres cabezas alguna vez. ¿Sabe qué les gusta para estar verdaderamente fuertes?

La madre: Espero que al tigre que está dentro de Hayden le gusten las hamburguesas, pues eso es lo que va a comer esta noche.

D. E.: Oh, esos tigres adoran las hamburguesas... a los tigres les encantan las hamburguesas, ¿lo sabías, Hayden?

Hayden: ¿Por qué les gustan?

D. E.: Sabes cómo está hecha una hamburguesa. Es un bistec hecho con carne picada muy finamente, de modo que les gustan porque no les dan ningún trabajo a los dientes. Así que

esos tigres ahorrarán energías porque van a comer algo muy blando y fácil de masticar. Sabes que comer una hamburguesa es mucho más fácil que comer un bistec. ¿No es cierto?

Hayden: Sí.

D. E.: Bien, ¿qué otra cosa crees que podrías darle a ese tigre para fortalecerlo?

Hayden: Algunas hortalizas y puré de patatas.

D. E.: ¿Te parece que eso les gusta?

Hayden: Oh, sí.

D. E.: Por lo visto ese va a ser un tigre bien alimentado. Supongo que va a necesitar dormir muy bien después de esa comilona.

Hayden: Hummm.

D. E.: ¿A qué hora crees que lo vas a llevar a dormir?

Aquí Epston asocia una buena comida con un buen sueño y una vez más lo pone a Hayden a cargo del tigre.

Hayden: Después de ver *Falcon Crest*.

D. E.: Muy bien. ¿Qué más crees que necesitas darle a ese tigre para que mañana esté realmente fuerte?

Hayden: Confianza.

D. E.: ¿Confianza? ¿Qué clase de confianza?

Hayden: Fe. UNA PROFUNDA FE.

D. E.: Una profunda fe... Y, ¿tienes algunas ideas de lo que te gustaría darle para ayudarlo?

Hayden: No.

D. E.: Si antes de ir a dormir, quisieras tener una charla con ese tigre de tres cabezas acerca de tener una profunda fe, ¿qué le dirías?

David Epston emplea la idea de que el tigre puede adquirir una profunda confianza, mediante el consejo y la guía de Hayden. Nuevamente se presenta a Hayden como alguien que está a cargo de la situación y la sugestión de que hable con el tigre es una manera indirecta de hacer que Hayden “hable de sí mismo” de manera positiva.

Hayden: Le diría: “Mata esas sensaciones de asco”.

D. E.: Mata las sensaciones.

Hayden: Sí.

D. E.: ¿A dentelladas?

Hayden: Sí, que se las coma.

D. E.: Muy bien... ahora le has hablado. Y, ¿crees que ese tigre de tres cabezas tiene bocas suficientes para comerse todas esas sensaciones desagradables? Sospecho que hay una gran cantidad de ellas en tu estómago.

Hayden: Mi tigre puede traer a algunos primos.

D. E.: ¿Algunos de sus primos? ¿Y cuántas cabezas tienen esos primos?

Hayden: También tres.

D. E.: ¿Crees que tu tigre de tres cabezas les pedirá que lo acompañen mañana?

Con esta pregunta, Epston mide la fuerza del aliado de Hayden. El tigre que ha creado el niño cuenta con múltiples recursos y ésta es una señal positiva.

Hayden: Sí.
D. E.: ¡Fantástico! Creo que cuentas con una gran ayuda. Y esos tigres ¿son amistosos contigo?
Hayden: Conmigo sí.
D. E.: ¿Los has domesticado?
Hayden: Sí.
D. E.: ¿Alguna vez se los mostraste a alguien o los guardas para ti?
Hayden: Los guardo para mí.
D. E.: Claro, ellos podrían atacarnos a mí o a tu padre, pero tú los has domado.
Hayden: Así es.
D. E.: Eres un domador de tigres. Realmente eres un chico muy interesante. Dime ¿hablarás con tu tigre esta noche?

Nuevamente Epston pone el acento en el hecho de que Hayden está a cargo de la situación y luego indaga los planes de autosugestión que tiene Hayden para el futuro.

Hayden: Sí.
D. E.: ¿Y qué le dirás?
Hayden: "Mata esas sensaciones de asco que me hacen vomitar".
D. E.: Así que ese tigre va a tener que matarlas.
Hayden: LOS TIGRES.
D. E.: Sí, claro, el tigre de tres cabezas y sus primos.
Hayden: Así es.
D. E.: Esos primos, ¿son más grandes o más pequeños que tu tigre de tres cabezas?
Hayden: Más o menos del mismo tamaño.
D. E.: Ajá, y, ¿dónde los conseguiste? ¿En Africa?
Hayden: Sí, algunos vienen de Africa.
D. E.: ¿Y cómo los conseguiste en Nueva Zelanda?
Hayden (riéndose): Los traje de contrabando.
D. E.: ¿De veras? ¿En avión o en barco? ¿O viniste nadando con ellos?
Hayden: Vinimos corriendo.
D. E.: Ah, corriste. ¿Y cómo corriste sobre el agua?
Hayden: Al trote.
D. E.: Trotaste sobre el agua. ¡Diablos! Eso sí que es bueno, muy bueno.
Hayden: No, en realidad iban nadando y yo montaba sobre ellos.
D. E.: Ah, viniste montado...
Hayden: Sí, y luego me los comí.
D. E.: Te los comiste, ahora los tienes dentro de ti y ellos van a encargarse de liquidar esas sensaciones desagradables.
Hayden: Sí.
D. E.: ¿Y ellos te obedecen?

Hayden: Sí... a veces.

D. E.: A veces hacen lo que tú les dices y a veces son un poco desobedientes. Pero si tú eres un domador de tigres, ellos deben hacer siempre lo que tú les pides.

Hayden: Lo que pasa es que a veces no los alimento bien.

D. E.: Ah, a veces no les das suficiente comida. Me pregunto si el hecho de que antes no les dieras bien de comer no fue la causa por la cual no te ayudaron mucho.

Hayden (asintiendo): Sí, puede ser.

D. E.: Por eso no hacían lo que tú querías que hicieran. Así que esta noche debes darle una buena ración: hamburguesas, puré de patatas y algunas legumbres. ¿Comen pasteles?

Hayden: Sí, un montón.

D. E.: ¿De veras? Así que son verdaderos monstruos comepasteles. ¿Qué clase de pastel prefieren generalmente los tigres de tres cabezas?

Hayden: Hummm... los pasteles de chocolate. Y algunos deben ir luego al dentista; el mío tuvo que ir, pues come mucho chocolate.

D. E.: ¿Le advertiste que debe controlarse?

Hayden: Sí.

D. E.: ¿Pero no te hizo caso?

Hayden: No.

D. E.: Así que la mayor parte de la veces te prestan atención, pero a veces, cuando no los alimentas, no. ¿Tuviste problemas para domarlos?

Hayden: No.

D. E.: Así que están felices de hacer lo que les pides. Como peces en el agua.

El resto de la entrevista transcrita parece ser una charla divertida en la cual Epston y Hayden juegan con el personaje imaginario que ambos coelaboraron; sin embargo, en todo momento, David Epston formula preguntas que suponen que Hayden controla a los tigres y por lo tanto, por una implicación metafórica, controla sus náuseas. Una pieza imaginaria extremadamente feliz es la idea de Hayden de comerse primero a los tigres. El acto de comer se relaciona estrechamente con el control. Esto brinda también una explicación para el problema previo, es decir cuando Hayden castiga a sus tigres negándoles el alimento y, por consiguiente, debilitándolos.

Cartas

Hayden y yo intercambiamos cartas:

Querido Hayden:

Estoy seguro de que tu tigre de tres cabezas y sus tres primos han hecho un buen trabajo contra las sensaciones de asco de tu estómago. Es evidente que los has alimentado bien y por ello son realmente fuertes. O quizá los tigres se contagiaron tu fortaleza, sobre todo el modo en que dominaste tus pesadillas. Por favor, escíbeme así puedo aprender cómo haces exac-

tamente para desconectarte como Carl y cómo logras que tus tigres trabajen tanto.

¡Volviste a sorprenderme! Y continuó preguntándome con qué me sorprenderás la próxima vez que nos veamos. ¡Qué te diviertas con tus prácticas!

Tu amigo, David.

Querido David:

Mis sensaciones de náuseas han desaparecido por completo. Sí, me siento fuerte. ¡El tigre es tan fuerte! Para desconectarme simplemente cierro los ojos, pienso en la voz de usted y mamá me dice que conecte mi televisión.

Hayden.

Quinta sesión (siete meses después)

Cynthia me telefoneó para concertar una entrevista. Habían descubierto que Hayden estaba implicado en varios incidentes de hurto en su propia casa y en algunas tiendas. Volvimos a encontrarnos y la "carta" siguiente es un resumen de la entrevista que mantuvimos y su contexto.

Queridos amigos:

Hayden juró solemnemente el otro día que su deshonestidad ya había alcanzado su peor momento y que de ahora en adelante prefería ser honesto. Ahora sabe que por culpa de su deshonestidad sus padres le perdieron la confianza, están muy angustiados y se sienten infelices. Quizás esa deshonestidad haya sido la manera que encontró de celebrar el hecho de que los "tratamientos" hayan terminado. Sea cual fuere la razón, Hayden admite hoy que fue un error. También juró que no ve ninguna razón que justifique que él robe y que sabe que puede dejar de hacerlo. Hayden estrechó la mano de su madre y lo dijo; luego estrechó la mía y dijo lo mismo. Lo que Hayden está comenzando a comprender es que una vez que la gente lo considera a uno un ladrón, le pierde la confianza. Es muy difícil convencer a la gente de que puede volver a confiar en uno. Hayden me preguntó si yo podía ayudarlo en esa tarea y le respondí que sí. Cynthia le dijo a su vez que le daría una nueva oportunidad de probar que es merecedor de la confianza de sus padres y de los demás.

Les sugerí lo siguiente:

1. Díganle a Hayden que telefoné a diez parientes que se preocupen por él y les cuente que fue deshonesto, que prometió volver a ser honesto y que sus padres van a someterlo a unos Tests de Honestidad. Después de

cada test, Hayden deberá llamar a todos esos parientes para contarles si aprobó o reprobó. Esto es muy importante.

2. Luego comuníqueme a Hayden que durante los próximos dos meses lo someterán a test diez veces. Si aprueba las diez pruebas, lo aceptarán como una Persona Honesta y lo celebrarán con una Fiesta de Honestidad a la cual el propio Hayden invitará a los diez parientes que participaron de la experiencia. Al convidar a cada invitado con una porción del Pastel de la Honestidad, Hayden le agradecerá la ayuda prestada para llegar a ser una persona honesta y por la confianza que ha vuelto a depositar en él.

3. Díganle exactamente a Hayden cuál será su castigo si fracasa en un test.

4. Coloquen un gran cartel sobre la cama de Hayden que diga:

TEST: Pruebas de que soy merecedor de vuestra confianza

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

Después de cada test, Hayden deberá escribir su resultado: APROBADO o REPROBADO. Cada uno de ustedes escribirá sus comentarios, por ejemplo: "Sabía que podrías hacerlo, mamá", "Estoy orgulloso de ti, papá", "¡Sólo faltan cuatro! mamá", "Esto fue algo grande, papá", etc.

5. Tests:

En ninguna circunstancia Hayden debe advertir que está siendo sometido a un test. Si lo supiera no sería un test. Estas son algunas de las pruebas que pueden hacerle. Dejen sumas de dinero (variando las cantidades) en algún lugar al que sólo Hayden pueda tener acceso. Permítanle tentarse durante aproximadamente un minuto y luego verifiquen si aprobó o falló. Si pasa la prueba, felicítenlo, coloquen el resultado en el cartel y díganle que informe a los parientes el éxito obtenido; si falla, aplíquenle el castigo convenido y díganle que debe informar a los "testigos". El siguiente es un ejemplo de cómo pueden someterlo a prueba: dejen algunas bolsas de mercancías traídas de la tienda de comestibles en el automóvil y algo de dinero en la guantera abierta. Pídanle luego que vaya a buscar las bolsas y cuando regrese díganle: "Te estábamos sometiendo a un test. Vamos a ver si lo aprobaste". Puede ser una buena idea realizar un test en casa de los abuelos de Hayden, cuando van a visitarlos, por ejemplo. Habrá que

crear situaciones para ponerlo a prueba. Veamos otros ejemplos: Hayden va a visitar a su abuela materna; Cynthia puede llamarla y pedirle que deje dinero junto al teléfono antes de decirle a Hayden que debe telefonear a su casa. Cuando Hayden termine de hablar, la abuela debe fijarse si el niño cayó o no en la tentación y llamar a Cynthia inmediatamente.

Creo que esos pequeños hurtos son un mal hábito que crece si se lo alimenta con la negligencia. Este programa propone una manera de afrontar ese hábito y de darle a Hayden una oportunidad de probar que merece la confianza de ustedes. Una relación padres-hijos desprovista de confianza es algo muy triste. Creo que Hayden desea recuperar la confianza que ustedes siempre le tuvieron y no dudo de que ustedes quieren que esto ocurra muy pronto.

¡Buena suerte!

Sinceramente, David.

Dos meses después

Hayden envió la siguiente carta:

Querido David:

He sido honesto. Mi madre me estuvo poniendo a prueba casi todos los días. Mi única falla es que me gusta errar por allí, solo, y a veces me olvidé (sic) de regresar a casa a la hora convenida.

Trato de alejarme de mis antiguos compañeros de travesuras, pero me resulta muy difícil porque vamos a la misma escuela.

Là cuestión es que ¡aprobé todos los tests! Lo peor fue que me culparon por haber forzado la puerta de una panadería. La tienda fue asaltada el viernes, el sábado y el domingo, pero yo les probé a todos, incluso a quienes me culparon, que era inosente (sic). Esos días mamá, papá y yo estuvimos distanciados. La única razón por la que me culpaban eran mis malos antecedentes. Papá y mamá se pusieron muy contentos al saber la verdad. Y mamá me permitió colocarme un aro en la oreja, así que fuimos a la farmacia para que me lo colocaran. ¡ADIVINA QUE! Ya tengo un aro en la oreja. Tu amigo, Hayden.

Mi intervención (diez meses después)

En la sesión anterior Cynthia me había comentado que Hayden tenía dificultades en la escuela y que temía que lo expulsaran de allí. Le pedí entonces que le dijera a la maestra de Hayden que me escribiera. Dos meses después recibí una carta de la maestra en la que me describía prolija-

mente las actitudes de desobediencia, desorganización, malas contestaciones y violentos arranques de cólera de Hayden, conductas que a veces incluían ataques a la propiedad. La directora de la escuela temía que el establecimiento ya no pudiera mantener su "actitud de simpatía" hacia Hayden.

Escribí la siguiente carta:

Estimada señorita Cook:¹⁰

Le agradezco su carta del 25/4/84. Permítame precisarle algunos puntos referidos a las condiciones generales en que se encuentra Hayden. Sabrá usted que hace muy poco que este chico terminó con su tratamiento de quimioterapia y que ahora sólo asiste una vez cada tres meses al Hospital Público de Auckland para una revisión general. Todo esto no constituye una razón para que Hayden no sea tratado exactamente como el resto de sus compañeros de clase. En cuanto a su carácter irascible, debo decirle que Hayden ha demostrado tener un gran control en otras esferas de la vida, lo cual indica que no hay razón para que tenga esos arranques de cólera que usted menciona. En nuestra última entrevista, Hayden me comunicó que, en realidad, estaba tratando de aplicar algunas formas de controlarse que había aprendido para contener su mal humor.

Me pregunto si ya se ha podido observar algún cambio. Si es así, evidentemente lo que propongo aquí no hará falta.

PROGRAMA PARA QUE HAYDEN CONTROLE SU CÓLERA:

1. Quizás usted no lo sepa, pero Hayden tiene dentro de sí un tigre que en el pasado le permitió controlar las sensaciones de náusea que le provocaba el tratamiento. Anteriormente, Hayden vomitaba seis o más veces, aun antes de recibir el tratamiento. Esto suele ocurrirles a muchos niños que se someten a esta clase de tratamiento médico. Hayden logró superar esas sensaciones aprendiendo a "desconectarse". De modo que pienso que si pudo apartar de sí las náuseas provocadas químicamente, sin dudas podrá "desconectar" esa conducta inapropiada.

2. Seguidamente le propongo un método para que Hayden pueda aplicar ese aprendizaje a otro problema.

3. Siéntese junto a él y dígame que si efectivamente él pudo aprender a dominar sus sentimientos y sensaciones con la ayuda del tigre de tres cabezas, también puede aprender a controlar su cólera. Dígame que lo que usted intenta es ayudarlo a RECORDAR cómo lo hacía.

4. Comuníqueme cómo le hará usted recordar el procedimiento. Ante él confeccione cuatro tarjetas y escriba en ellas con letra grande:

10. La señorita Cook es un nombre ficticio.

(1) ¡Estás a punto de tener un berrinche! (2) ¡Recuerda a tu TIGRE! (3) ¡DESCONECTA tus sentimientos de ira! (4) ¡CONECTA sentimientos placenteros!

5. Tenga siempre a mano un copia de las cuatro tarjetas y entréguele a Hayden las otras cuatro para que también él las lleve siempre consigo. Cuando sea necesario, muéstrele la tarjeta número 1 con la mano en alto y actúe con calma y frialdad. Si Hayden se controla, felicítelo: "Ese tigre tuyo es muy fuerte... lo debes tener bien alimentado". Si, por el contrario, él continúa con su berrinche, deje pasar un minuto y muéstrele la tarjeta número 2; también en este caso actúe con calma, fría y sosegadamente. Si Hayden logra dominarse, felicítelo con la frase antes mencionada.

6. Transcurridos cuatro minutos, dígame: "Ve a ver a... que se va a poner el traje de tu tigre y te dará... (minutos) para que practiques el autocontrol".

7. Traje de tigre: creo que le agrada hacer esto con Hayden; por ejemplo, se puede utilizar una bolsa de papel para hacer la cabeza del tigre; la cola puede confeccionarse con lana amarilla y negra y el cuerpo con una camisa vieja teñida con pintura en aerosol amarilla y negra.

8. Dejo los puntos 6 y 7 a su criterio y a las posibilidades que existan en su escuela. En realidad, este ejercicio puede realizarse después del horario escolar.

9. Opcional: si Hayden controla su ira, envíele secretamente una golosina con una nota que diga: "Esto es para tu TIGRE. Sé que lo alimentas bien, pues te dio mucha fuerza para impedir que la cólera te dominara. De modo que éste es un obsequio para tu TIGRE, a quien quiero mucho pues gracias a que te permitió controlar tu ira, yo puedo ser una maestra más amistosa contigo. Sinceramente...".

Por favor, manténgame informado.

Suyo sinceramente, D. E.

El tigre de Hayden lo ayudó a dominar su cólera y la maestra sólo tuvo que mostrarle una tarjeta en una sola ocasión.

Seguimiento (doce meses después)

D.E.: Viniste aquí y comprobaste algo sobre tu madre y tu padre... ¿recuerdas qué fue lo que descubriste?

Hayden: Que ellos estaban muy preocupados. Que no querían verme triste. Era eso, ¿no es cierto?

D. E.: En la cinta grabada que tengo decías que habías descubierto que ellos eran capaces de compartir tus preocupaciones, preocupaciones que hasta entonces mantenías muy dentro de ti. ¿Recuerdas que los sometiste a un test?

Hayden: Ah, sí. Es cierto.

D. E.: Y ellos aprobaron el test con las mejores calificaciones. ¿Te sorprendió advertir qué fuertes eran tu madre y tu padre?

Hayden: Sí.

D. E.: ¿Recuerdas de dónde sacaste la idea de que debías guardar en secreto todas tus preocupaciones y angustias? ¿Sabes de dónde salió esa idea? Recuerdo que no les querías comunicar el hecho de que tenías pesadillas.

Hayden: No quería preocuparlos.

D. E.: No querías que ellos se preocuparan, de modo que te guardaras toda la angustia para ti. (A la madre): Realmente es un muchachito muy fuerte. Recuerde que traté de convencerlo de que no hacía falta que fuera TAN fuerte.

La madre: DEMASIADO FUERTE.

D. E.: También tiene una madre y un padre fuertes. (Nuevamente a Hayden): Después de haberlos sometido a los tests, ¿te decidiste a contarles tus temores o seguiste guardándote tus preocupaciones para ti?

Hayden: Sí, lo primero.

D. E.: (A la madre): ¿Qué piensa usted, Cynthia?

La madre: Sí, nos contó muchas cosas, casi todo.

D. E.: Bueno, algo habrá querido mantener en secreto para sí. No querría contar sus picardías, pero se animó a compartir las cosas importantes. Y eso es diferente. ¿Comenzó a comunicarles sus temores en seguida, Cynthia?

La madre: Sí, apenas nos fuimos de aquí. Tuvo algunas pocas pesadillas más, pero nos lo contaba y nosotros nos levantábamos y nos quedábamos un rato junto a él tomando café.

D. E.: ¿Recuerdas qué sueños tenías en la época en que todo lo que te disponías a comer te parecía semejante a las bolsas de goteo? Comenzabas a mirar la comida y veías las bolsas.

Hayden: Hummm...

D. E.: Por eso habías perdido tanto peso. No estabas comiendo bien.

Hayden: Sí, la comida me hacía recordar la bolsa de goteo.

D. E.: De modo que EN TU MENTE la comida se parecía a la bolsa.

Hayden: Sí, así que yo directamente decía "estoy lleno".

D. E.: De modo que engañabas a tus padres. Realmente no les decías qué era lo que te preocupaba. Simplemente decías que ya estabas lleno. Y usted, Cynthia, ¿qué pensaba que estaba ocurriendo? ¿Estaba realmente preocupada?

La madre: Por supuesto, porque veía cómo iba perdiendo peso. Adelgazó muchísimo.

D. E.: Sí, pero cuando regresó una semana después había aumentado entre dos y tres kilos.

La madre: Sí, esa semana comió como un caballo. Y después ya no se detuvo, no volvió a perder peso y creció varios centímetros.

D. E.: Entonces me pareció que lograbas dominar tus sueños. Luego aprendiste a "desconectar" tu mente y a "conectar" películas. En aquel momento me pareció que practicabas mucho esta técnica. Tenías un tigre de tres cabezas, ¿recuerdas?

Hayden: ¡Sí que me acuerdo! Era un tigre que podía caminar sobre el agua y que adoraba el chocolate.

D. E.: Y recuerdo que una noche le diste muchas hamburguesas y se las comió todas.

¿Puedes contarles a otros chicos y chicas lo que recuerdes sobre cómo aprendiste a “desconectarte” de tus sensaciones —las sensaciones de asco— y a “conectarte” con los filmes?

Hayden: Sencillamente cerraba los ojos y pensaba en cosas buenas, agradables y no en las cosas feas. Sólo me divertía (sacudiendo el brazo izquierdo) y me dejaba ir. Me iba, mentalmente, a otro lado y la película aparecía.

D. E.: ¿Ahora puedes hacerlo, automáticamente?

Hayden: Podría hacerlo aquí.

La madre: Puede hacerlo siempre... incluso cuando tiene que hacer sus tareas de la escuela.

Hayden: Anoche lo hice, ¿no es cierto, mamá?

La madre: Sí, ahora puede desconectarse de la televisión y conectarse con sus tareas, mientras que antes se la pasaba viendo televisión. Y así las cosas no marchaban (risas).

D. E.: Las sensaciones desagradables del estómago continuaron, pero Hayden podía desconectarse de ellas, ¿Podría describirles a otras madres y a otros padres cuyos hijos quieran tal vez aprender esa técnica que aprendió Hayden, cómo se lo veía?

La madre: Totalmente relajado. Antes, cuando lo inyectaban Hayden sentía frío y luego calor, se ponía colorado y vomitaba. Cuando aprendió a “conectarse” y a “desconectarse” todo eso terminó. Apenas la aguja se apoyaba en su mano, Hayden se dejaba ir. No se mordía, sólo se dejaba ir (la madre ilustra con un gesto la conducta de trance). Uno podía levantarle una pierna y dejarla caer. Era peso muerto. Y hasta se orinó. Dos veces le ocurrió esto. Y aún puede “conectarse” y “desconectarse” cuando lo desea. Ya no tuvieron que darle esas medicinas que utilizaban para adormecerlo y eso fue mejor para su tratamiento.

Hayden: Durante la última sesión de quimioterapia estuve despierto.

La madre: Sí, se mantuvo despierto durante toda la sesión. Ah, ese es otro asunto...

D. E.: ¿Cómo lo hiciste, Hayden?

Hayden: Me desconecté interiormente, pero exteriormente permanecí despierto.

D. E.: De modo que aprendiste una técnica aún mejor. Te desconectas interiormente y mantienes tu exterior en pleno funcionamiento.

D. E.: (a la madre) ¿Qué hacía usted normalmente cuando en aquella época Hayden estaba tan trastornado y vomitaba mucho?

La madre: El estaba trastornado y yo también me sentía perturbada.

Fue una gran prueba. Y terminábamos pasando la noche en Auckland, pues él se ponía incontrolable y yo no era capaz de conducir el automóvil.

D. E.: ¿Qué era incontrolable, los vómitos o la ira de Hayden?

La madre: ¡La ira!

D. E.: O sea que para usted la diferencia fue que, a partir de entonces, pudo confiar realmente en que Hayden podía controlar esas cosas; digamos que le dio un poco más de libertad para salir a hacer compras, por ejemplo.

La madre: No sólo eso... lo mejor fue que Hayden ya no parecía estar sufriendo. Antes se quedaba allí tirado... y su respiración. Si uno no lo estaba observando, podía asfixiarse.

D. E.: En cierto sentido ambos se perturbaban mutuamente. Pero es bastante normal que una madre se transtorne tanto en un caso así.

La madre: Y Hayden me enseñó mucho. ¡Yo también aprendía a relajarme!

D. E.: ¿Podrías contarle a la gente cómo es tu tigre de tres cabezas?

Hayden: Bueno, es sólo un tigre que yo creé... un tigre realmente bueno... al que ahora le gusta comer. Antes no le gustaba comer, pero ahora come una cantidad de cosas. Se comió mis sensaciones de asco. Eso fue lo que más le gustó.

D. E.: ¿Cómo conseguiste tener ese tigre dentro de ti?

Hayden: Oh, sencillamente lo creé dentro de mí. Antes el tigre solía holgazanear por ahí, no comía mucho y me había convertido en piel y huesos.

D. E.: ¿Y lograste que cooperara contigo?

Hayden: ¡CONSEGUÍ UNA OPORTUNIDAD DE PRIMERA CLASE!

El final

Algunos meses después se descubrió que la enfermedad de Hayden había reaparecido con una nueva localización. Puesto que el pronóstico no era nada alentador, la familia decidió no continuar sometándolo a más tratamientos. Durante ese período Lynn O'Flaherty¹¹ conoció bien a Hayden:

Cuando conocí a la familia Barlow, me pareció que ellos afrontaban bien este nuevo conjunto de análisis. Al haber soportado tantos tratamientos en el pasado, se habían convertido en verdaderos veteranos. El propio Hayden no recordaba una época en las que no hubiera estado relacionado con hospitales, médicos y enfermeras. Era un muchachito agradable y de hablar pausado que estaba acostumbrado a todo esto y que no parecía en absoluto preocupado por tener que volver a someterse a un nuevo estudio. Creo que toda la familia consideraba este paso como un nuevo obstáculo que debía superar y que esto le permitía a Hayden tomarlo con calma.

Es de rutina pesar y medir a los niños. Generalmente, éste es un paso considerado insignificante y los niños y las familias tratan de cumplirlo rápidamente, con la esperanza de pasar antes la revisión. Recuerdo que con la familia Barlow ocurrió algo diferente. La pérdida de peso que había sufrido Hayden era visible; el niño tenía un aspecto macilento y parecía de más edad. El y su madre mostraron cierta aprensión ante la balanza. La madre manifestó que estaba preocupada por lo poco que comía Hayden; lo cual no es nada extraño entre nuestros pacientes. Creo que la mayoría de los padres, cuyos hijos deben ser sometidos a quimioterapia se preocupan por la cantidad de comida que ingieren los niños. A pesar de que la balanza indique lo contrario, algunos padres alegan que su hijo no ha estado co-

11. Lynn O'Flaherty era entonces asistente social del Servicio de Oncología Pediátrica del Hospital Público de Auckland.

miendo prácticamente nada. Pero éste no fue el caso de Hayden. A juzgar por el grado de inquietud de la madre, por la callada desesperación de Hayden y por la pérdida de peso sufrida, las cosas marchaban mal. Recuerdo bien el día: Hayden acababa de llegar, tenía los ojos brillantes, un aspecto de aparecido y admitió que estaba preocupado. Entonces apareció Louise (la doctora Webster) en escena y usted ya conoce el resto.

En aquel momento me pareció que se producía un cambio bastante rápido. Hayden era como un niño que tuviera un secreto. Hayden no era alguien que se explayara mucho, de modo que nunca lo sabremos. Pero era evidente que algo había cambiado sustancialmente. Y luego pudimos observar una enorme diferencia. Hayden había recuperado el buen humor, se había vuelto mucho más confiado y dueño de sí mismo. En todo era un chico diferente: más maduro, más seguro de sí y dueño de una confianza que parecía haber transmitido a toda la familia.

Ni siquiera la recaída modificó por completo esta actitud. La noticia de que había llegado el fin de la esperanza de supervivencia fue terrible, pero no pareció demoledora, por lo menos al principio. Durante el tiempo que Hayden pasó en su casa tuvo una familia y un grupo de vecinos que lo apoyó cálidamente. Hayden necesitaba y debía tomar una cantidad sorprendentemente pequeña de calmantes. La madre me contó cómo Hayden "se negaba a recibirlos" y cómo disfrutaba por el hecho de rechazar ese alivio aun cuando estaba sufriendo mucho. La madre sentía que ellos habían obtenido una nueva fuerza gracias a las "visiones" de Hayden.

Para el equipo de oncología siempre es horrible que sus niños mueran.

Sin embargo, con algunos de nuestros niños ese hecho inevitable no se siente de un modo tan terrible. Uno tiene la sensación de que murieron, sí, pero no que fueron despedazados por todo lo que tuvieron que soportar. Y creo que ése fue el caso de Hayden.

Cynthia Barlow recuerda...

Hayden, mejor conocido por Hatu, nació el 22/1/1973. Era un bebé saludable de pelo rubio y ojos azules. El hecho de que al nacer pesara 4,500 kg parecía un buen comienzo; por lo demás, empezó a desarrollarse normalmente. Pero a los 18 meses comenzaron a aparecer los problemas de salud.

Hayden comenzó a tener convulsiones y después de realizar numerosos intentos para que lo atendiera el médico de guardia, decidimos llevarlo al hospital de externos de Tauranga. Una vez admitido en ese hospital, Hayden fue sometido a toda clase de estudios, se le extirpó un riñón y se descubrió que tenía cáncer (el tumor de Wilm). El golpe que nos produjo saber que

nuestro hijo tenía cáncer fue devastador: nos sentimos entumecidos y confusos. Era como si nos hubiesen arrancado una parte de nuestros cuerpos. Hablar de la enfermedad era demasiado doloroso; cada uno de nosotros se echaba la culpa de lo que nos había sucedido. Nos hacíamos cientos de preguntas: ¿Por qué había ocurrido? ¿Podría haber sido por una infección que tuve y descuidé? ¿Podría deberse a una caída que había sufrido Hayden al tratar de aprender a caminar? ¿Sería la causa la cantidad de rayos X que yo había recibido estando embarazada? ¿O quizás el trabajo del padre que estaba en contacto con herbicidas? Les formulamos estas preguntas y muchas otras a los doctores pero nadie sabía las respuestas. Lo único que sabíamos a ciencia cierta es que había caído sobre nosotros una enorme tarea y que, de un modo u otro, debíamos afrontarla. Para nosotros, un aspecto importante de este proceso era el relacionado con el segundo cumpleaños de Hayden, una fecha que nuestro hijo tuvo que pasar en el hospital sometido al tratamiento de rayos y de quimioterapia. Sólo queríamos pensar en los preparativos del festejo y tenemos muy grabados en nuestra memoria los recuerdos de ese día. Tarjetas, flores, regalos y un pastel de cumpleaños enorme que compartimos con todos los que estaban aquel día en el Hospital Waikato. La mayor sorpresa fue la bicicleta que le compró la abuela. Aun después de haber soportado el tratamiento de quimioterapia que lo dejaba agotado y adormecido, Hayden tuvo fuerzas suficientes para subirse en su bicicleta y aterrorizar a todo el hospital. Por entonces debíamos viajar al hospital una vez por mes y como el hecho de estar nuevamente embarazada me había vuelto más lenta, el papá de Hayden pidió una licencia en su trabajo para poder ayudarme con todas las tareas suplementarias y así nos arreglábamos. Cuando Hayden recibió todo el tratamiento que el Hospital Waikato estaba en condiciones de proporcionarle, fue remitido al Hospital Tauranga, para que allí se le hiciera una revisión una vez por mes. En aquella época la enfermedad de Hayden había comenzado la remisión y nosotros creíamos de todo corazón que, finalmente, Hayden se curaría. Pero no fue así. En aquella época Hayden tenía cinco años y había pasado más de la mitad de su primera infancia entrando en el hospital y saliendo de él.

Volver a tener a Hayden en casa significó mucho para nosotros. La alegría y las risas colmaban nuestro hogar. Veíamos crecer y florecer a nuestro hijo y recibíamos con gusto los ruidos que producían sus amiguitos de la escuela cuando venían a casa. La vida escolar y las salidas de fin de semana significaban mucho para Hayden: por primera vez comenzaba a vivir.

Pero, como en una pesadilla, el destino volvió a ponerse en contra de Hayden. Por segunda vez experimentamos esa sensación de vacío. Esta vez Hayden sufría de cáncer de pulmón, de modo que ese largo camino

que tanto rogamos que terminara, comenzaba de nuevo. Hayden fue transferido al Hospital de Auckland y debió someterse a una cirugía mayor de pulmón y luego a más quimioterapia y a más sesiones de rayos. Y esta vez, Hayden ya tenía edad suficiente para comprender su enfermedad. Esto fue un nuevo desafío para nosotros. Tuvimos que encontrar el modo de decirle a nuestro hijo la verdad, por lo menos lo que sabíamos de ella. Al hablar con él nos dimos cuenta de que nuestro hijo ya no era un niño, se había convertido en un adulto con un cuerpo de niño. Después de numerosos viajes de Tauranga a Auckland, comenzó nuevamente la remisión. Y nuestras vidas volvieron a la normalidad.

Aunque tratábamos de no pensar en ello, fue evidente que Hayden sufría un estrés físico y mental. Tratamos de ayudarlo a superar esa tensión comprándole una motocicleta. La sensación de libertad que experimentaba Hayden al conducir su motocicleta lo ayudó a aflojar las tensiones y a ser él mismo. Hayden se hizo autosuficiente, comenzó a manejar solo su propio dinero y sus propios negocios. Vendió su motocicleta de 50 cc. y se compró otra de 125 cc. que espantaba a todo el vecindario. La motocicleta era más grande que el propio Hayden, pero había sido su decisión, aunque mi hijo sólo tuviera diez años.

Cuando creíamos finalmente que la situación se había estabilizado, descubrimos que Hayden padecía de cáncer en una pierna. Los médicos sugirieron la posibilidad de amputarle la pierna, pero las biopsias demostraron que el cáncer ya se había extendido a todo el cuerpo. Una amputación o la quimioterapia hubieran sido inútiles. Nuestro hijo estaba muriendo y sólo podíamos darle morfina para calmar el dolor. Lo llevamos de regreso a casa. Como Hayden sentía mucho dolor en la pierna ya no pudo hacer arrancar su motocicleta. Pero ese era un problema menor. Matthew, un amigo de Hayden, le accionaba el arranque y partían. Después de algunos meses, Hayden vendió la motocicleta porque ya no podía soportar verla abandonada en el cobertizo: una motocicleta está hecha para que alguien la conduzca. El dolor, la morfina y la debilidad ya no le permitían hacerlo.

Hayden aprendió a afrontar muchas emociones y adaptarse a los cambios de su aspecto exterior fue una de las mayores dificultades. Trataba de aceptar que muchas de las cosas que anhelaba hacer, nunca se harían realidad. Hayden tenía muchas colecciones que atestaban su habitación. Tenía, por ejemplo, una colección de gorras y sombreros y siempre llevaba uno puesto adonde fuera. Aunque Hayden tuvo una vida corta, pudo lograr muchas más cosas que quizá ningún otro chico de su edad o aun mayores. Nos hizo comprender que la vida es demasiado corta para preocuparse por nimiedades y que debe vivirse plenamente. Hayden temía dormirse, pero no le temía a la muerte. Cuando murió, en los brazos de su padre, tampoco nosotros tuvimos ya miedo a la muerte.

Los recuerdos más preciosos de Hayden que llevamos en nuestro corazón son los de los últimos dos años.

Hayden fue un niño amado y admirado por muchas personas y aquellas que se dieron tiempo para sentarse junto a él y escucharlo, aprendieron mucho. Al ser un chico muy generoso y especial, Hayden tuvo muchos amigos con quienes compartió pensamientos e ideas. Lo más difícil para todos aquellos que estábamos junto a él fue no poder hacer nada para calmarle el dolor: sólo podíamos ayudarlo a afrontarlo. Nadie sabrá nunca el dolor y la tortura que soportó Hayden. Sólo podemos suponerlo. Hayden se fue dejándonos el regalo del amor, la paciencia y la lección de cómo tolerar y comprender a los demás. Gracias a él aprendimos la firmeza y la importancia que tienen los amigos, los vecinos y la familia. Esa unión es un vínculo para toda la vida. Gracias hijo.

Posdata (1988)

Cynthia y Roy tienen ahora otro bebé y Rina, la hija, ha crecido. Les pregunté por la gatita blanca de Rina que yo recordaba tan vívidamente desde aquel día en que conocí a la familia Barlow. Cynthia me contó que la gata había llegado a ser la mascota de Hayden y que estuvo siempre junto a él cuando Hayden ya no pudo levantarse. El día de la muerte de Hayden, la gata desapareció y nunca más la volvieron a ver.

Referencias bibliográficas

- Haley, J., 1973, *Uncommon Therapy: The psychiatric techniques of Milton H. Erickson*. W. W. Norton, Nueva York.
- White, M., 1984, "Pseudo-Encopresis: From Avalanche to Victory; From vicious to virtuous cycles". *Family Systems Medicine*, 2(2), págs. 150-160.